

Helen Pluckrose y James Lindsay

TEORÍAS CÍNICAS
CÓMO EL ACTIVISMO ACADÉMICO
HIZO QUE TODO GIRARA EN TORNO A LA RAZA,
EL GÉNERO Y LA IDENTIDAD...
Y POR QUÉ ESTO NOS PERJUDICA A TODOS

Traducción de Alejandra Freund

Alianza Editorial

Título original: *CYNICAL THEORIES: How Activist
Scholarship Made Everything about Race, Gender,
and Identity – and Why This Harms Everybody*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Susan
Schulman A Literary Agency, New York.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2020 Helen Pluckrose and James Lindsay
© de la traducción: Alejandra Freund Urrutia, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-401-5
Depósito legal: M. 17.008-2023
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA
EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*A mi marido, David, que hace que todo sea posible, y a mi hija,
Lucy, que no quiere volver a oír hablar de posmodernismo nunca más.
Mi trabajo aquí está hecho.*

*Y a mi esposa, Heather, que lo único que quería era una vida
sencilla, y no haberse enterado nunca de que nada de esto existe.*

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	11
INTRODUCCIÓN.....	13
1. POSMODERNISMO.....	25
Una revolución del conocimiento y el poder	
2. EL GIRO POSMODERNO APLICADO.....	53
Hacer real la opresión	
3. TEORÍA POSCOLONIAL.....	79
Deconstruir Occidente para salvar al Otro	
4. TEORÍA QUEER	107
Liberarse de lo normal	
5. TEORÍA CRÍTICA DE LA RAZA E INTERSECCIONALIDAD ..	135
Acabar con el racismo a base de verlo en todas partes	

6. FEMINISMOS Y ESTUDIOS DE GÉNERO	165
Simplificación y sofisticación	
7. ESTUDIOS DE LA DISCAPACIDAD Y DE LA GORDURA.....	195
Teoría identitaria del grupo de apoyo	
8. ESTUDIOS Y PENSAMIENTO DE LA JUSTICIA SOCIAL.....	223
La Verdad Según la Justicia Social	
9. LA JUSTICIA SOCIAL EN ACCIÓN	261
La Teoría siempre pinta bien en teoría	
10. UNA ALTERNATIVA A LA IDEOLOGÍA DE JUSTICIA SOCIAL.....	291
Liberalismo sin las políticas identitarias	
NOTAS	333
BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA.....	397
ÍNDICE ANALÍTICO	411

AGRADECIMIENTOS

Debemos nuestra gratitud a muchas personas por haber hecho que esta obra fuera posible, accesible y clara, y la lista es mucho más larga de lo que nos podemos extender aquí. Mención especial merece Mike Nayna, el sufrido editor de varios primeros borradores de este libro y nuestro principal asesor sobre cómo llegar a los no especialistas. Esperamos haberle echado suficientes ovarios para su satisfacción (bueno, Jim no, pero vamos). Gracias a Peter Boghossian por su apoyo y consejo editorial y por apremiarnos constantemente para que dedicáramos menos tiempo a debatir los argumentos en Twitter y más a escribir el libro. Especial reconocimiento merece Jonathan Church por las productivas conversaciones sobre la obra de DiAngelo, la fragilidad blanca y su identificación de la falacia de la reificación que nos ayudó a dar forma al tercer estadio del pensamiento posmoderno. Estamos endeudados con Alan Sokal por su atenta lectura de nuestro manuscrito y sus numerosas y útiles sugerencias de aclaraciones, matices y añadidos que mejoraron conside-

rablemente el texto. Estamos agradecidos sobre todo a nuestra editora, Iona Italia, por su inmejorable manejo del lenguaje, y a todos aquellos que nos hicieron críticas constructivas, entre ellos Gauri Hopkins, Dayne y Clyde Rathbone, Heather Heying y Bret Weinstein.

INTRODUCCIÓN

Durante el periodo moderno y particularmente en los últimos dos siglos, la mayor parte de los países occidentales alcanzaron un consenso general a favor de la filosofía política conocida como «liberalismo». Los postulados principales del liberalismo son la democracia política, las limitaciones a los poderes del gobierno, el desarrollo de los derechos humanos universales, la igualdad legal para todos los ciudadanos adultos, la libertad de expresión, el respeto por el valor de la diversidad de puntos de vista, del debate honesto y por las pruebas y la razón, la separación entre iglesia y estado y la libertad religiosa. Estos valores liberales nacieron como ideales e hicieron falta siglos de lucha contra la teocracia, el esclavismo, el patriarcado, el colonialismo, el fascismo y otras muchas formas de discriminación para honrarlos como hacemos hoy en día, aunque todavía de manera imperfecta. Pero la lucha por la justicia social siempre ha sido más fuerte cuando se ha declarado universalmente del lado de los valores liberales, insistiendo en aplicarlos a todos los individuos,

no solo a los hombres blancos adinerados. Hay que aclarar que la postura general filosófica que denominamos «liberalismo» es compatible con un amplio abanico de opiniones políticas, económicas y sociales, incluyendo tanto lo que los estadounidenses llaman «liberal» (y los europeos «socialdemócrata») como formas moderadas de lo que habitantes de todos los países denominan «conservador». Este liberalismo filosófico se opone a los movimientos autoritarios de cualquier índole, sean de izquierdas o de derechas, seculares o teocráticos. Por tanto, la mejor manera de concebir el liberalismo es como un denominador común que proporciona un marco para la resolución de conflictos y en el que personas con diversas opiniones políticas, económicas y sociales pueden debatir racionalmente las opciones de la política pública.

No obstante, hemos llegado a un punto en la historia en el que las ideas que sustentaban el liberalismo y la modernidad, es decir, la base de la civilización occidental, se encuentran en grave peligro. La naturaleza exacta de esta amenaza es complicada, pues proviene de al menos dos presiones aplastantes, una revolucionaria y la otra reaccionaria, que están en guerra entre ellas para decidir la dirección anti-liberal que arrastrará nuestra sociedad. Por todo el mundo están apareciendo cada vez más movimientos populistas de extrema derecha que dicen ser la última desesperada línea de defensa del liberalismo y la democracia contra una creciente marea de progresismo y globalismo. Apoyan a líderes dictatoriales y caudillos capaces de mantener y preservar la soberanía y los valores «occidentales». Mientras tanto, los activistas progresistas de extrema izquierda se consideran los únicos y más virtuosos defensores del progreso social y moral sin el cual la democracia carece de sentido y contenido. Estos, nuestra izquierda más extrema, no solo promueven su causa con objetivos revolucionarios que abiertamente rechazan el liberalismo por tratarlo como forma de opresión, sino que también utilizan medios cada vez más autoritarios para intentar establecer una ideología completamente fundamentalista y dogmática con la que organizar la so-

ciudad. En esta batalla, cada bando ve al otro como una amenaza existencial, impulsándose así mutuamente a mayores extremos. Esta guerra cultural se ha vuelto tan intensa que desde comienzos del siglo XXI ya define la vida política —y, cada vez más, la vida social.

Aunque el problema de la derecha es grave y merece su propio análisis cuidadoso, nosotros nos hemos especializado en el problema de la izquierda. En parte porque creemos que, si bien ambos lados están llevándose mutuamente a la locura y a una mayor radicalización, el problema de la izquierda representa un abandono de su postura histórica de razón y fuerza, el liberalismo. Este liberalismo es esencial para mantener nuestras democracias seculares y liberales. Como ya hemos escrito anteriormente, la raíz del problema es que

La izquierda progresista no se ha puesto del lado de la modernidad, sino de la posmodernidad, que rechaza la verdad objetiva como una fantasía de pensadores ilustrados ingenuos y/o llenos de arrogantes prejuicios que subestimaron las consecuencias colaterales del avance de la Modernidad¹.

Este es el problema que hemos investigado y que esperamos poder explicar en este libro: el problema del posmodernismo, no solo tal y como surgió en la década de los sesenta sino también su desarrollo durante el siguiente medio siglo. Dependiendo del punto de vista que uno tenga, el posmodernismo se ha convertido o ha dado lugar a una de las ideologías menos tolerantes y más autoritarias a las que se ha tenido que enfrentar el mundo desde el declive general del comunismo y el colapso de la supremacía blanca y el colonialismo. El posmodernismo se desarrolló en los márgenes relativamente recónditos de las instituciones académicas como reacción intelectual y cultural a estos cambios, y desde la década de 1960 se ha extendido a otros ámbitos del mundo académico, al activismo, las burocracias y hasta al núcleo de la educación primaria, secundaria y superior. Desde aquí, ha comenzado a infiltrarse en la sociedad en general

hasta el punto de que tanto el posmodernismo como las reacciones en contra —las razonables al igual que las reaccionarias— han acabado dominando nuestro paisaje sociopolítico a medida que nos vamos acercando con cada vez más dificultad a la tercera década del nuevo milenio.

Teóricamente, este movimiento persigue y recibe su nombre de su objetivo más general llamado «justicia social», un término que data de hace casi doscientos años. El concepto, acuñado por diferentes pensadores en distintas épocas, ha adoptado varios significados, que en alguna medida buscan llamar la atención sobre las desigualdades sociales para corregirlas, especialmente en temas de clase, raza, género, sexo y sexualidad, sobre todo cuando estas se hallan fuera del alcance de la justicia legal. La obra más famosa seguramente fue la del filósofo liberal progresista John Rawls, quien escribió extensamente sobre las condiciones bajo las que debe organizarse una sociedad socialmente justa. En ella, lanzó un experimento mental universalista en el cual una sociedad socialmente justa sería aquella en la que, si un individuo tuviera la opción de elegir nacer en cualquier entorno social o grupo identitario, los valoraría a todos igual². Desde mediados del siglo xx también se ha promovido otro planteamiento para lograr la justicia social, uno abiertamente anti-liberal y anti-universal, basado en la *teoría crítica*. Una teoría crítica tiene como objetivo principal destapar los prejuicios ocultos y las presunciones no analizadas, revelando lo que tilda de «problemático»: las maneras en que la sociedad y sus sistemas fundacionales están fallando.

En cierto modo, el posmodernismo fue resultado de este planteamiento crítico y siguió su propia senda teórica durante un tiempo para después volver a ser adoptado por los activistas críticos de la justicia social durante las décadas de los ochenta y noventa (activistas que, casualmente, no suelen mencionar a John Rawls). Este movimiento denomina a su propia ideología con cierta arrogancia «Justicia Social», como si fuera el único que trabaja a favor de una sociedad justa mientras los demás defendemos algo completamente

distinto. Así, se le ha acabado llamando «Movimiento de la Justicia Social» y sus críticos en redes suelen referirse a él, cada vez más, como «wokismo» (debido a su creencia de que solo sus adeptos están «despiertos» frente a la naturaleza injusta de nuestra sociedad). La Justicia Social, como nombre propio con la J y la S en mayúsculas, se refiere a una interpretación doctrinal muy específica del significado de «justicia social» y de los medios para conseguirla, mientras prescribe una estricta y reconocible ortodoxia alrededor del término. Aunque somos reacios a ceder el objetivo esencialmente liberal de la justicia social a este movimiento ideológico iliberal, es conocido por ese nombre, así que, para mayor claridad, a lo largo de este libro nos referiremos a él como «Justicia Social» con mayúsculas. Reservaremos «justicia social» en minúsculas para describir los significados más amplios y genéricos del concepto. Vamos a dejar claros nuestros propios compromisos sociales y políticos: estamos en contra de la Justicia Social en mayúsculas porque en general defendemos la justicia social en minúsculas.

Cada vez es más difícil no ver la influencia del Movimiento de la Justicia Social en nuestra sociedad —en especial en forma de «políticas identitarias» o «corrección política». Prácticamente todos los días sale una noticia de alguien que ha sido despedido, «cancelado» u objeto de humillación pública en redes sociales, muchas veces por hacer dicho o hecho algo que es interpretado como sexista, racista u homofóbico. En algunas ocasiones, las acusaciones están justificadas y podemos encontrar consuelo en que un intolerante —a quien vemos completamente opuesto a nosotros— está recibiendo la censura que «merece» por sus opiniones llenas de odio. No obstante, cada vez más la acusación es muy subjetiva y su razonamiento, tortuoso. A veces da la sensación de que cualquier persona con buenas intenciones, incluso una que defiende los valores universales de libertad e igualdad, podría decir algo sin querer que no respetara los nuevos códigos del lenguaje, con consecuencias devastadoras para su carrera y su reputación. Es un fenómeno confuso y contraintuitivo en una

cultura acostumbrada a dar primacía a la dignidad humana y por tanto a valorar las interpretaciones caritativas y tolerantes de un amplio abanico de opiniones. En el mejor de los casos, esta tendencia tendrá un efecto inhibitor sobre la cultura de la libertad de expresión, que ha resultado tan beneficiosa para las democracias liberales durante más de dos siglos, pues provocará que buenas personas se autocensuren para evitar decir cosas «equivocadas». En el peor, es una perniciosa forma de acoso y —cuando se institucionaliza— una especie de autoritarismo entre nosotros.

Esto merece una explicación. De hecho, la *necesita*, pues los cambios, que están sucediendo con asombrosa rapidez, son muy difíciles de entender. La razón es que surgen de una visión muy concreta del mundo —una que, en cierta manera, habla su propio lenguaje. En el mundo angloparlante hablan inglés, pero usan palabras cotidianas de forma diferente al resto de nosotros. Cuando mencionan el «racismo», por ejemplo, no se están refiriendo al prejuicio basado en la raza sino más bien, como ellos lo definen, al sistema racializado que impregna todas las interacciones en la sociedad, pero que a su vez es básicamente invisible excepto para aquellos que lo experimentan o que han sido entrenados para verlo con los métodos «críticos» correctos. (Estas son las personas a las que a veces se refieren como «woke», que han despertado a esa realidad). Este uso tan preciso y técnico del término no puede sino confundir a la gente, que, en su confusión, aceptará cosas que no aceptaría si tuviera un marco de referencia común para ayudarla a comprender lo que realmente se está diciendo con esa palabra.

Los activistas académicos no solo hablan un idioma especializado —mientras utilizan palabras cotidianas que otras personas creen erróneamente que entienden—, sino que también representan una *cultura* muy distinta que está integrada en la nuestra. Aquellos que defienden la Justicia Social pueden hallarse cerca físicamente, pero intelectualmente están a mundos de distancia, lo cual dificulta en gran medida entenderlos y comunicarse con ellos. Están obsesiona-

dos con el poder, el lenguaje, el conocimiento y las relaciones entre ellos. Interpretan el mundo a través de una lente que detecta dinámicas de poder en cualquier interacción, declaración y artefacto cultural —incluso cuando no son obvios o siquiera *reales*. Es una visión del mundo que gira en torno a agravios sociales y culturales y que trata de convertir todo en una lucha política de suma cero alrededor de marcadores identitarios como la raza, el sexo, el género, la sexualidad y otros muchos. Para un extraño, esta cultura parece haberse originado en otro planeta cuyos habitantes desconocen la existencia de especies con reproducción sexual, y que interpretan todas las interacciones sociales de la manera más cínica posible. Pero, de hecho, estas descabelladas actitudes son completamente humanas. Atestiguan nuestra capacidad, demostrada ya numerosas veces, para adoptar visiones del mundo complejas, desde el animismo tribal al espiritualismo hippie pasando por las religiones globales sofisticadas, cada una de las cuales adopta su propio marco interpretativo a través del cual ve el mundo. En este caso no es más que una visión peculiar del poder y su capacidad para generar desigualdad y opresión.

Interactuar con los defensores de esta postura no solo requiere aprender su lenguaje —lo cual ya es difícil—, sino también sus costumbres y su mitología de los problemas «sistémicos» y «estructurales» inherentes en nuestra sociedad, nuestros sistemas e instituciones. Como sabe cualquier viajero experimentado, para comunicarse con una cultura completamente distinta no basta con conocer el idioma. También hay que aprender las expresiones, implicaciones, referencias culturales y la etiqueta que definen una comunicación correcta. Un mero traductor no siempre es suficiente, hace falta un *intérprete* en el sentido más amplio de la palabra, alguien experto en ambos conjuntos de costumbres. Esa es nuestra intención en este libro: proporcionar una guía del lenguaje y las costumbres que hoy en día se difunden bajo el apodo tan aparentemente agradable de «Justicia Social». Conocemos tanto el lenguaje como la cultura de los estudios y el activismo de la Justicia Social y queremos guiar a

nuestros lectores por este mundo extraño, trazando la evolución de estas ideas desde sus orígenes hace cincuenta años hasta nuestros días.

Empezamos a finales de los años sesenta, cuando emergieron simultáneamente en varias disciplinas de las humanidades los conceptos teóricos centrados en la naturaleza del conocimiento, el poder y el lenguaje que acabaron siendo conocidos como *posmodernismo*. En esencia, el posmodernismo rechazaba lo que denomina *metanarraciones*: explicaciones amplias y cohesionadas del mundo y de la sociedad. Rechazaba el cristianismo y el marxismo. También la ciencia, la razón y los pilares de la democracia occidental tras la Ilustración. Las ideas posmodernas han dado forma a lo que desde entonces se conoce principalmente como *Teoría* —la entidad que, en cierto sentido, es la protagonista de este libro. En nuestra opinión, es crucial comprender el desarrollo de la Teoría desde los años sesenta hasta el presente si queremos asimilar y corregir los rápidos cambios que hemos experimentado en nuestra sociedad desde su concepción, y en especial desde el año 2010. Cabe mencionar que, a lo largo de este libro, *Teoría* (y palabras relacionadas, como Teórico y Teorético) con T mayúscula se referirán a las ideas de la filosofía social posmoderna.

Teorías cínicas explica cómo la Teoría se ha convertido en la principal fuerza en la guerra cultural a finales de la década de 2010, y propone una forma filosófica *liberal* de combatirla en el mundo académico, el activismo y en la vida cotidiana. El libro traza el desarrollo de las ramas que han ido surgiendo de la Teoría cínica posmoderna a lo largo de los últimos cincuenta años y muestra la influencia que han tenido sobre la sociedad en ejemplos que el lector reconocerá. En el capítulo 1 le guiaremos por las ideas principales de los posmodernos originales de las décadas de los sesenta y setenta y expondremos los dos principios y cuatro temas que han seguido siendo centrales en toda la Teoría posterior. El capítulo 2 explicará cómo esas ideas han mutado y se han solidificado y cómo fueron aplicadas a la política en unas nuevas Teorías que emergieron a finales de los

ochenta y en los noventa. Nos referiremos a esto como *posmodernismo aplicado*. Los capítulos 3 a 6 analizarán con más detalle cada una de estas: Teoría poscolonial, Teoría queer, Teoría crítica de la raza y feminismo interseccional. El capítulo 7 está dedicado a los recién llegados estudios de la discapacidad y la gordura, inspirados en todas esas Teorías.

En el capítulo 8 exploraremos la segunda evolución de estas ideas posmodernas, que empezó alrededor del año 2010 y promulgó la verdad absoluta de los principios y temas posmodernos. Llamaremos a este planteamiento *posmodernismo reificado*, pues parte de que los supuestos posmodernos son verdades reales y objetivas: La Verdad Según la Justicia Social. Este cambio tuvo lugar cuando los académicos y activistas combinaron las Teorías y Estudios existentes en una metodología simple y dogmática conocida como «estudios de la Justicia Social».

Este libro pretende contar la historia de cómo el posmodernismo utilizó sus Teorías cónicas para deconstruir lo que podríamos llamar «las viejas religiones» del pensamiento humano —que incluyen las fes religiosas convencionales como el cristianismo y las ideologías seculares como el marxismo, así como sistemas modernos cohesionados como la ciencia, el liberalismo filosófico y el «progreso»— y las reemplazó con una nueva religión hecha a su medida llamada «Justicia Social». También es la historia de cómo el pesimismo encontró una nueva confianza que después creció hasta convertirse en una convicción firme parecida a la observancia religiosa. La fe que surgió es completamente posmoderna, lo cual quiere decir que, en lugar de interpretar el mundo según sutiles fuerzas espirituales como el pecado y la magia, observa sutiles fuerzas materiales, como el prejuicio sistémico, y difusos pero omnipresentes sistemas de poder y privilegio.

Aunque esta nueva convicción ha provocado problemas significativos, es útil que la Teoría cada vez tenga más confianza en sus creencias y objetivos y los explique con mayor claridad. Facilita a los libe-

rales —de izquierda, derecha o del centro político— identificarlos y combatirlos. Por otro lado, esta evolución es alarmante, pues ha convertido a la Teoría en algo mucho más accesible y aplicable para aquellos creyentes que quieren reestructurar la sociedad. Podemos ver el impacto que tienen sobre el mundo en sus ataques a la ciencia y la razón. También es evidente en su descripción simplista de la sociedad, que estaría dividida en identidades dominantes y marginadas, y sustentada en sistemas invisibles de supremacía blanca, patriarcado, heteronormatividad, cisnormatividad, capacitismo y discriminación contra la gordura. Nos enfrentamos al continuo desmantelamiento de categorías como conocimiento y creencia, razón y emoción, y hombres y mujeres, y con una presión creciente para censurar nuestro lenguaje de acuerdo con La Verdad según la Justicia Social. Observamos el relativismo radical en forma de dobles raseros, como en las afirmaciones de que solo los hombres pueden ser sexistas y solo los blancos racistas, y en el rechazo absoluto de los principios coherentes de la no discriminación. Frente a estas políticas identitarias divisivas y restrictivas, cada vez es más difícil e incluso peligroso defender que las personas merecen ser tratadas como individuos o exhortar a reconocer nuestra humanidad común.

Aunque muchos de nosotros ya reconocemos estos problemas e intuitivamente pensamos que este tipo de ideas son poco razonables y nada liberales, puede ser difícil articular una respuesta contra ellas, puesto que las objeciones al irracionalismo y al iliberalismo suelen malentenderse o tergiversarse como ataques a la verdadera justicia social: una filosofía legítima que defiende una sociedad más justa, lo cual disuade a muchas personas bienintencionadas de intentarlo siquiera. Además del peligro que conlleva criticar los métodos del Movimiento por la Justicia Social —ser considerado enemigo de la justicia social—, hay otros dos grandes obstáculos a la hora de hacerles frente. Primero, los valores sobre los que se basa la Justicia Social son tan contraintuitivos que resultan difíciles de comprender. Segundo, pocos de nosotros hemos tenido que defender alguna vez la

ética, la razón y la evidencia universalmente liberales contra aquellos que dicen apoyar la justicia social. Hasta hace poco, siempre se ha considerado que eran las mejores formas de trabajar *en pro* de la justicia social. Por tanto, tras explicar los principios fundamentales de la Teoría de la Justicia Social, pasaremos a analizar cómo reconocerlos y combatirlos. En el capítulo 9 veremos las formas en que estas ideas han sobrepasado los ámbitos académicos y están afectando al mundo real. Por último, el capítulo 10 expondrá que debemos luchar contra estas ideas a través de un compromiso general claramente articulado con los principios universalmente liberales y los conocimientos rigurosos basados en datos que definen la modernidad. Con un poco de suerte, los dos últimos capítulos nos enseñarán a escribir el último capítulo en la historia de la Teoría —esperemos que sea un final discreto e ignominioso.

Por tanto, hemos escrito este libro para cualquier persona que no tenga conocimientos especializados en este tipo de ideas, pero que vea su influencia en la sociedad y quiera comprender su funcionamiento. Es para el liberal que valora una sociedad justa, pero que no puede evitar darse cuenta de que el movimiento de la Justicia Social no parece propiciarla y quiere ser capaz de dar una respuesta liberal con coherencia e integridad. *Teorías cínicas* es para cualquiera, de cualquier parte del espectro político, que crea en el libre mercado de ideas como una forma de examinar y desafiar las ideas y de mejorar la sociedad y quiera ser capaz de debatir las proposiciones de la Justicia Social como realmente son.

No es un libro que busque debilitar el feminismo liberal, el activismo contra el racismo o las campañas por la igualdad LGBT. Al contrario, *Teorías cínicas* nace de nuestro compromiso con la igualdad de género, racial y del colectivo LGBT y de nuestra preocupación porque los planteamientos de la Justicia Social están rebajando de forma alarmante su validez e importancia. Este libro tampoco pretende atacar la cultura académica ni la universidad en general. Al contrario, queremos defender conocimientos rigurosos basados en datos y la

función esencial de la universidad como centro de producción de conocimiento contra las corrientes de la izquierda anti-empíricas, anti-rationales e iliberales que amenazan con otorgar el poder a las corrientes anti-intelectuales, anti-igualitarias e iliberales de la derecha.

Este libro, por tanto, quiere plantear una crítica filosóficamente liberal contra los estudios y el activismo de la Justicia Social y sostiene que este activismo académico no promueve los objetivos de la justicia social y de la igualdad. Habrá quienes dentro de los ámbitos que criticamos que reaccionarán con desprecio y dirán que en realidad somos conservadores reaccionarios opuestos a los estudios de la injusticia social que experimentan las personas marginalizadas. Esta interpretación de nuestras motivaciones no sobrevivirá a una lectura honesta del libro. Otros académicos en esos campos aceptarán nuestra postura liberal, empírica y racional, pero la rechazarán como una fantasía modernista que da prioridad a los constructos de conocimiento blancos, masculinos, occidentales y heterosexuales y que mantiene un statu quo injusto, realizando intentos inadecuados de mejorar nuestra sociedad progresivamente. Nos dirán que «las herramientas del señor nunca desmontarán la casa del señor»³. A ellos les reconocemos que nos interesa mucho menos desmontar las sociedades liberales y los conceptos empíricos y racionales del conocimiento y mucho más continuar los avances en justicia social que han generado. La casa está en perfectas condiciones y el problema ha sido que su acceso ha sido limitado. El liberalismo mejora el acceso a una estructura sólida que protege y empodera a todos. Lograr un acceso igualitario a escombros no es un objetivo que merezca la pena. Después habrá algunos académicos de estas disciplinas para quienes nuestras críticas a los estudios de la Justicia Social estarán fundamentadas y debatirán con nosotros de buena fe sobre ellas. Estas son las interacciones que esperamos tener y que nos pueden devolver al camino de las conversaciones productivas e ideológicamente diversas sobre justicia social.

POSMODERNISMO

Una revolución del conocimiento y el poder

En la década de los sesenta tuvo lugar un cambio fundamental en el pensamiento humano. Este cambio está relacionado con varios teóricos franceses que, pese a no ser demasiado conocidos, levitan en los márgenes de la imaginación popular, entre ellos Michel Foucault, Jacques Derrida y Jean-François Lyotard. Impulsaron una concepción radicalmente nueva del mundo y de nuestra relación con él, revolucionando la filosofía social y quizá *todo* lo social. Sus ideas han influido durante décadas no solo en qué y cómo pensamos, sino también en cómo pensamos sobre el hecho de pensar. Pese a ser esotérica, académica y estar aparentemente alejada de las realidades de la vida diaria, esta revolución ha tenido profundas implicaciones en nuestra forma de interactuar con el mundo y entre nosotros. En esencia, es una visión radical del mundo que dio en conocerse como «posmodernismo».

Es difícil definir el posmodernismo, seguramente a propósito. Representa un conjunto de ideas y formas de pensamiento que con-